

Marco Fabio Quintiliano. *El arte de leer y escribir (Instituto oratoria, libro 10).* Edición, introducción y notas de Jorge Fernández López, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2013, 110 pp.



Jorge Fernández recreaba en la presentación de este libro una de las formas de la elocuencia humanista, que se servía de la explicación de una imagen para desplegar el mayor número de asociaciones de las ideas que contextualizaran la obra de Quintiliano. En efecto, la introducción de la obra seguía un esquema expositivo bien consagrado por los comentarios tradicionales. La imagen poderosa de la elocuencia se proyecta en los contenidos del antiguo libro del maestro de la retórica.

Con el apunte biográfico de Quintiliano en esa introducción de la materia de este libro décimo no dejaba sin relieve la importancia de la personalidad del autor. Su relevancia para la sistematización del estilo romano es fundamental para la consagración de una disciplina del hablar. La retórica se distinguía en ese momento histórico por la formación del orador romano. Los contenidos de esa fase de la educación constituían una forma de enciclopedia para el hombre libre y con participación en la vida social y política. El libro décimo culmina la *Institutio oratoria*, que no es simplemente un manual de retórica, sino un compendio de los saberes de las artes liberales con un peso notable de los valores sociales y éticos acuñados por la asimilación de la cultura helenística. Al tiempo ese compendio sustentaba la autoconciencia del hombre romano, que se siente parte de una poderosa comunidad mediterránea.

Juntamente con esta síntesis cultural se realizaba en Roma una renovación de la escuela y se normalizaba el soporte del códice. Por eso es pertinente el título elegido para encabezar esta traducción, que se refiere a la lengua escrita, a través de una lenta transformación del mundo de las letras y de su función social. De ahí también que en la breve referencia al autor se emplearan sobre todo datos históricos.

En este marco se inserta una memoria de cuantas aportaciones hace de esta obra, *Institutio oratoria*, un instrumento trascendental en el avance respecto de la retórica griega aristotélica. Si bien parece un tanto anacrónico hablar de 'proceso de aculturación en Roma', por lo reciente del uso de este vocablo, transmite con brevedad el sentido de la retórica como pieza clave de la formación superior de los romanos que participaban en la gestión de los asuntos públicos. Sin renunciar a la filosofía, la obra potenciaba el desarrollo del arte de la palabra con una auténtica conciencia de los valores culturales propios y de los contenidos verdaderamente valiosos del saber atesorado por la experiencia de las sociedades antiguas.

El orador que en las obras ciceronianas estaba orientado a las funciones más representativas de la vida pública romana en un momento decisivo para el desarrollo histórico de aquella comunidad mediterránea, tenía en la perspectiva de Quintiliano una aspiración mucho más exigente. Si la retórica forense y deliberativa había coleccionado piezas memorables durante el último período republicano, la retórica epidíctica o demostrativa se sustentaría en esta instrucción de Quintiliano, y contaría también con una concreción de los métodos de composición y de los recursos de cada parte de la oratoria.

Jorge Fernández pasa revista al carácter filosófico de la autoridad moral que Quintiliano confiere a su imagen del orador. Por eso su sistema de educación supera 'la charlatanería de los vendedores ambulantes' (p. 46). En el comienzo del libro décimo manifestaba la necesidad de disponer de las palabras adecuadas oportunamente y para su justa función en sus diferentes contextos y sentidos. Pero además describía los métodos de la imitación literaria, con la fase indispensable de la lectura de los mejores autores, que constituían la autoridad normativa en el uso de la lengua.

En la selección de autores, el preceptista romano no limita la lectura a un género determinado, sino que con esa mirada integradora de Roma aprecia los logros conseguidos en la tradición en lengua griega.

A pesar de que la oratoria supone la confección de un texto en prosa, identificable con los géneros históricos, el orador perfecto no descuidaba tampoco la lectura de los géneros mayores (épica y drama). En la épica antigua homérica destacaba Quintiliano en este libro el germen de la persuasión en el uso de las técnicas forenses y deliberativas elementales.

Jorge Fernández facilita en su presentación del texto, y sobre todo en sus notas, la percepción del lector de esa síntesis que aportaba Quintiliano. Reseña las numerosísimas citas en las que el preceptista de Calahorra realiza una revisión crítica de la tradición literaria. Su repaso a los autores más destacables de la oratoria no tiene la perspectiva de Cicerón en el *Brutus* ni la de Tácito en el *Diálogo de los oradores*, pero puede ser considerado un índice de la agudeza crítica que deja traslucir en muchos pasajes de *Institutio*.

La perspectiva sobre la actividad del orador resulta mucho más realista que en el diseño ciceroniano del orador perfecto. De ahí que desde el descubrimiento del manuscrito a comienzos del siglo XV, la obra del preceptor de Calahorra sirviera de guía a cuantos ansiaban emular a los antiguos. La recuperación renacentista de la oratoria declamada y pública aprovechó también las indicaciones que se contienen en el décimo libro acerca de la actitud del orador ante el auditorio, el uso de los gestos y de la voz. La influencia de esta técnica, una vez adaptada a los modos de la sociedad europea, estimuló la educación en los valores del diálogo.

Así la instrucción de los elocucionistas ingleses Thomas Sheridan y John Walker pudo completar la preceptiva sobre la composición de los textos a través de la imitación de los clásicos que había sido norma de educación en el Continente. Incluso el esteticismo alemán debe mucho a las precisiones sobre el cuidado del estilo y la sensibilidad artística que mostraba Quintiliano en ese libro décimo.

El traductor ha sabido imprimir un aire nuevo a todos estos contenidos, actualizando la selección de sus palabras y modulando las frases, sin caer en coloquialismos fáciles. Sin duda el libro que ha preparado no está destinado, a pesar de su título, a principiantes. Tampoco solamente a los que ya conocen la excelencia de Quintiliano. El recurso que emplea al principio de su introducción es indicativo de su buen conocimiento de la recreación neolatina del texto escrito. Y por eso se destina a los herederos de la cultura humanista, a aquellos que no tengan prejuicios sobre el valor de la Antigüedad.

Los estudiosos actuales de la literatura, después de haber obtenido el beneficio de las numerosas teorías sobre el texto, su constitución y estructura en el siglo XX, tal vez han olvidado los constituyentes elementales de la tradición literaria. Su lectura es estimulante para ellos no sólo desde el punto de vista de la teoría de la literatura, que fiándonos de Rosa María Aradra, es el resultado de la retórica de la Edad Moderna, sino para conocer mejor la esencia del hecho literario. Sin duda la imitación era una explicación que asumía al hombre dentro de la realidad total y en familiar compañía de los seres y de las cosas, mientras que el mundo del hombre, creación artificial, se desprende de las cosas, del tiempo de la naturaleza y de sus seres históricos para contemplar desde fuera el edificio del universo. Aunque es cierto que consideramos hoy el lenguaje y la literatura desde esta perspectiva que comenzó en la Ilustración, producto del mundo artificioso, producto de nuestra mente consciente y de nuestro incontrolable inconsciente, todavía conservan vigencia las observaciones más geniales de Quintiliano. La actitud reflexiva que concentraba la expresión, que aprovechaba las cualidades fonéticas y rítmicas de la tradición, es la misma en muchos creadores actuales de la comunicación y la publicidad.

Por eso todos aquellos interesados por el germen que produce el placer de la lectura en la comunicación humana deberían aprovechar esta actualización del texto de Quintiliano.

MARÍA ASUNCIÓN SÁNCHEZ MANZANO